

CAPITULO IV

LOS EPILÉPTICOS Y LOS CRIMINALES

I

El problema importantísimo resuelto solamente á medias en el Congreso de Roma, de la concomitancia de la epilepsia con la criminalidad congénita, ha sido solucionado en nuestro tiempo totalmente por los estudios de Verga, Pinéro, Brunati, Marro, González, Tonnino, Lucas y por los míos (31).

La serie de casos de epilepsia disfrazada, con conciencia casi perfecta, ha sido completada por los estudios genealógicos de familias epilépticas, y por la filiación (Marro) de criminales, tísicos y parientes viejos (Marro).

A estos estudios hemos de añadir los novísimos realizados por Ventura, acerca de *la locura transitoria* (1888) y por Krafft-Ebing sobre las *psicopatías sexuales*, consultados por nosotros al tratar de la amnesia de los epilépticos.

La semejanza de los criminales con los epilépticos hállase manifestada también en el retraso de la calvicie y canicie, y en las analogías de la economía molecular; la vemos terminada en la estadística, que nos muestra, se-

(31) *Uomo delinquente*, tomo II, 1890.

gún Alongi, un 14 por 100, según Marro un 12 por 100 y según Ross hasta un 33 por 100 de epilepsia convulsiva en los criminales.

He observado en unos y otros la tendencia á la vagabundez, la obscenidad, pereza, orgullo del delito, grafomanía, argot, tatuaje, disimulo, falta de carácter, irritabilidad instantánea, megalomanía, intermitencia en los sentimientos y en la inteligencia y vileza; igual atraso en orden á la ecuación personal de las gentes normalmente constituídas. Idéntica vanidad, la misma propensión á contradecir y exagerarlo todo. Una común irritabilidad mordaz, carácter pernicioso, lunático y desconfiado.

Mi compañero Frigerio y yo hemos observado que, durante los días tempestuosos, en que los accesos de los epilépticos son más frecuentes, los huéspedes de las prisiones inspiran mayores cuidados, desgarran sus vestidos, destrozan su mobiliario y golpean á sus guardianes. En ciertos casos existe en los locos morales y en los criminales de nacimiento una especie de *hábito*, que precede al delito haciéndole presentir; sabemos, por ejemplo, de un joven cuya familia se daba cuenta de que meditaba un robo, cuando se llevaba continuamente la mano á la nariz, costumbre que acabó por deformársela. Bianchi ha observado en cuatro locos morales la pérdida de la memoria, que suele acompañar á los accesos furiosos, habiéndose comprobado asimismo que los niños, como los criminales temporeros, olvidan fácilmente sus enormidades.

Agostini ha recientemente llenado con sus observaciones importantes la laguna que, acaso, pudiera hacer dudar de esta analogía.

II

Agostini (32) ha examinado la sensibilidad en 30 epilépticos, antes y después del acceso. El número de sus observaciones asciende á 103.

En conclusión: la sensibilidad general es menor en los epilépticos que en el hombre sano; ella presenta en aquéllos los fenómenos de lateralidad, relacionados con la plagiocefalia y con el aumento de excitación en uno de los hemisferios; esta diferencia aumenta después de las convulsiones.

Las reflexiones cutáneas son más débiles, aunque después del acceso tórnanse más vivas que en los individuos sanos. La sensibilidad del gusto, del tacto, del olfato es siempre menos intensa; otro tanto acaece con la sensibilidad eléctrica. Muy al contrario, la acuidad visual y el sentido aromático son casi normales, excepción hecha del decrecimiento del campo visual á continuación del acceso.

Todo esto aseméjase á lo observado en los locos morales y en los criminales de nacimiento.

Mas el dominio de la epilepsia abarca mayor extensión, en los alcoholizados, histéricos, psicópatas sexuales y locos; bastará leer cuanto se ha escrito en otras ocasiones, acerca de los monomaniacos homicidas, para conocer al punto los caracteres de la epilepsia psíquica. Su dominio comprende aún más; llega hasta darnos, si cabe ello, la clave del misterio del genio; lo que ha de sernos de grande é innegable utilidad para esclarecer los casos de criminales de genio, y las intermitencias geniales de los locos morales y de los culpables.

(32) *Sur les variations de la sensibilité générale chez les épileptiques.* Florencia, 1839.

En efecto, hoy (33), después de los estudios totalmente conformes de los clínicos y experimentadores, la epilepsia se reduce á una irritación localizada de la corteza cerebral, manifestándose con accesos instantáneos ó prolongados, pero siempre intermitentes y descansando en todos los casos sobre un fondo de degeneración, bien heredado ó ya predispuesto á la excitación por el alcohol ó por las lesiones craneanas, etc. Nosotros hemos logrado esta otra conclusión, que yo intento demostrar en mi obra *Homme de Génie*; la creación genial puede ser una forma de psicosis degenerativa perteneciente á la familia de las *epilepsias*. Ésto probaría que el hombre de genio deriva frecuentemente de alcoholizados, ancianos, locos (34); es el genio como consecuencia de las anomalías de la cabeza y de modo muy especial de la asimetría craneana, por la que la capacidad del cráneo es ó demasiado grande ó demasiado débil; es la consecuencia de la locura moral en el genio, en virtud de la cual se suceden con mayor repetición las alucinaciones, la precocidad venérea é intelectual y en raras ocasiones, el sonambulismo; la frecuencia del suicidio (35), que es, por otra parte, muy común entre los epilépticos, la intermitencia y sobre todo las amnesias y analgesias, la frecuente tendencia á la vagancia, la religiosidad que se observa en los ateos, como en Comte, los extraños temores (W. Scott, Byron, Haller) de que tantas veces se sienten poseídos, la doble personalidad, la multiplicidad de delirios simultáneos que tanto abunda en los epilépticos (36), y que nosotros hemos observado como casi cons-

(33) Véase Lombroso. *Homme de Génie*, 1888.

(34) Véase Lombroso. *Homme Criminel*, 1888, y *Homme de Génie*, pág. 10, 16, 187, 194, 196.

(35) Véase *Homme criminel*, pág. 601.

(36) *Encéphale*, núm. 5, 1887.

tante entre ellos; la frecuencia de delirios producidos aún por motivos verdaderamente nimios, y hasta el *misonismo* y la misma relación con la criminalidad, cuyo lazo de unión se encuentra en la locura moral. Añadamos á todo esto el origen y la descendencia de los criminales é imbéciles (37), que hallamos constantemente en las familias que vienen de genios ó de epilépticos, conforme pueden ser demostrados en las tablas mencionadas de las familias de los Césares y de Carlos V (38); la rara pasión por las bestias que he observado con mucha frecuencia en los degenerados y sobre todo en los epilépticos.

Las distracciones célebres de los grandes hombres no son, ha escrito Tonnino (39), más que simples accesos epilépticos.

Esto demuestra todavía más esa insensibilidad afectiva, esa falta de sentido moral tan generalizada en todos los genios alienados y no alienados, y que hace de nuestros más grandes conquistadores unos bandidos en una esfera elevada (40).

Estas conclusiones acaso parecerán extrañas á todos aquellos que no conozcan cuán extenso es en la actualidad el campo de la epilepsia; hoy nadie duda que las hemicráneas, escialorreas intermitentes y simples amnesias deben ser referidas á la epilepsia; las numerosísimas formas monomaniacas no son sino epilepsias

(37) Véase las tablas de Dejerine, obra citada.

(38) *Homme Criminel*, pág. 599.—Mahoma sintió una predilección extraña por su mono; Richelieu por su ardilla; Crebillón, Helvetio, Bentham y Erskine por los gatos: ¡este último la tuvo también por una sanguijuela! Schopenhauer por los perros, á los cuales nombró sus herederos. Byron tenía una verdadera jauría: 10 caballos, 8 perros, 3 monos, 5 gatos, 5 pavos, 1 águila, 1 oso; Alfieri por sus caballos.

(Smiles. Obra cit.).

(39) *Les Epilepsies*, pág. 19, Turín, 1886.

(40) *Homme de génie*, pág. 53, 54.—Newton, Darwin, Swift, W. Scott padecieron de vértigos. (Smiles. Obra cit.).

ocultas, puesto que su aparición, según ha demostrado Lavage, hace desaparecer frecuentemente toda señal de epilepsia preexistente. Será suficiente recordar aquí la locura de los genios de primer orden, atacados de epilepsia motriz, de vértigo, ó de esa rabia morbosa que son como variantes ó equivalentes de la primera: esos genios son: Napoleón, Molière, Julio César, Petrarca, Pedro el Grande, Mahomet, Naendel, Swift, Richelieu, Carlos V. Flaubert, Dostojewski, Suenvary y San Pablo (41).

Hoy para el que conoce la ley binaria de la estadística, según la cual no se produce fenómeno alguno, que no sea la expresión de una serie numerosa de hechos análogos, aunque distintos, una semejante frecuencia de la epilepsia en los hombres,—y principalmente entre los grandes,—debe hacernos sospechar una difusión tan vastísima entre dichos genios, algo difícil de creer y ayudarnos á conocer el concepto de la naturaleza epiléptica del genio.

Teniendo presente todo esto, importa muy mucho notar, que también en los grandes hombres enfermos, la forma convulsiva de la epilepsia se presenta muy rara vez; se sabe por consiguiente que los epilépticos cuya convulsión es menos frecuente, presentan el equivalente psíquico, que es aquí la creación genial más frecuente y de mayor intensidad.

Ahora bien, el paralelismo del genio con la epilepsia nos consta principalísimamente por la analogía del acceso epiléptico con el momento de la inspiración, y por esa inconsciencia activa y poderosa, que crea en el uno y que en los otros es producto de las convulsiones.

Completa y perfecciona esta demostración, el análisis de la inspiración creadora, evidente aun para aquellos que ignoran los modernos

(41) Véase *Homme Criminel*, p. III, pág. 625.

descubrimientos acerca de la naturaleza de la epilepsia (42); no sólo se asocia ella con frecuencia á la insensibilidad dolorosa, á la irregularidad del pulso ó á la inconsciencia casi siempre sonambúlica de la instantaneidad y de la intermitencia, sino que va seguida de movimientos convulsivos, de amnesia, siendo en muchas ocasiones provocada por las sustancias ó circunstancias que causan ó aumentan la hiperemia cerebral, ó por sensaciones poderosas; finalmente, ella puede transformarse en alucinaciones ó acompañarse de ellas.

Las confesiones de los grandes epilépticos constituyen para nosotros una prueba aún más directa é íntima de la semejanza de la inspiración con el acceso epiléptico; ellas nos han revelado como la una se confunde completamente con la otra. Léanse si no las confesiones de Goncourt, Buffon, y sobre todo las de Mahomet y Dostojevski.

«Hay momentos, escribe este último, cuya duración no excede de cinco ó seis segundos, en que os sentís de repente en presencia de la armonía eterna. Este fenómeno no es terrestre, ni celestial, pero es algo que el hombre, bajo su cuerpo terreno, no puede soportar. Es necesario transformarse físicamente ó morir. Es

(42) «Existe un fatalismo, escribe Goncourt, en la primer casualidad que os dicta la idea. Después es una fuerza *desconocida*, una *voluntad superior*, una especie de necesidad de escribir que os encarga la obra y os lleva la pluma; no obstante, algunas veces el libro que sale de vuestras manos, no parece escrito por vosotros; él os sorprende como algo que era en vosotros y de lo que sin embargo no tenéis conciencia. Esta es la impresión experimentada por mí delante de *Sor Filomena*, *Journal des Goncourt*, París, 1888.

Buffon ha dicho *«que la invención depende de una dosis muy grande de paciencia; precisa considerar durante largo tiempo su asunto; luego él se desarrolla y desenvuelve poco á poco; sentís un pequeño golpe de electricidad, que os hiere en la cabeza, y que al mismo tiempo emociona vuestro corazón; he aquí el momento del genio.»*

un sentimiento claro é indiscutible... Lo más terrible es la abrumadora seguridad con que os acusa, y el gozo de que inunda vuestros seres. Si este estado durase más de cinco segundos, el alma no pudiendo resistirle, desaparecería.

»En medio del abatimiento, del marasmo mental, de la ansiedad que padece el enfermo, hay momentos en que su cerebro se inflama repentinamente, por decirlo así, y en los que todas sus energías vitales alcanzan de súbito un grado prodigioso de intensidad. La sensación de la vida, de la existencia consciente, se duplica en estos instantes tan rápidos y fugaces como el relámpago.» (Dostojewski, *Bési.*)

Zola, en su *Romanciers naturalistes*, nos descubre la siguiente confesión de Balzac: «El artista crea, influído por ciertas circunstancias, cuya reunión es un misterio. El entonces no se pertenece; goza de una fuerza eminentemente caprichosa; en semejantes circunstancias, él no tocaría por todo un imperio su pincel, ni escribiría una línea».

A esto aludía sin duda alguna el epiléptico Mahomet, cuando decía que «él visitaba todas las moradas de Allah *en menos tiempo que necesitaba para vaciar su cántaro*» (43).

Relacionemos ahora esta descripción del acceso, que pudiera denominarse psico-epiléptica y que comprende exactamente á la idea fisiológica de la epilepsia (irritación cortical) con todas las descripciones que esos mismos autores nos han hecho de la inspiración genial, y veremos cuán perfecta es la correspondencia que existe entre ambos fenómenos.

No es, para algunos de los autores referidos, esto solamente un paroxismo extraño, sino toda la existencia, que recuerda la sintomatología psíquica del epiléptico. Bourget observa que

(43) Th. Dostojewski. *L'Idiot*, París.

«para los Goncourt la vida se reducía á una serie de ataques de epilepsia entre dos nadas». (*Nouveaux essais de psychologie*, 1888, página 179). Lo mismo se adivina en las autobiografías de los Goncourt. Será suficiente para todos examinar de una rapidísima ojeada el cuadro trazado por Taine, del más ilustre de los conquistadores modernos, y el retrato que nos ha suministrado Renán del más grande de los apóstoles. Todas estas analogías nos explican como puede hallarse una inteligencia de altos vuelos entre los criminales de nacimiento que son, sin embargo, los imbéciles morales, los idiotas del sentimiento.

III

Estudiemos ahora á los criminales *por impetuosidad*, es decir, por impulsos pasionales. Su proporción es bastante reducida, de un 5 á 6 por 100.

Los criminales de esta categoría suelen ser muy jóvenes, de diez y ocho á veinte años de edad; más numerosos entre las mujeres que en nuestro sexo; en el fondo, muy honrados y de una sensibilidad exquisita. Su arrepentimiento después del crimen llega hasta el suicidio. Muchos delincuentes políticos y madres infanticidas pueden ser colocadas entre los criminales de esta clase.

Estos son, con mucha frecuencia, epilépticos disimulados. Tal era aquel joven que para vengarse de las reprimendas de su ama, la mató en pleno día delante de sus amigos, arrojándose luego sobre el cadáver, que cubrió de besos y del que fué imposible separarlo en bastantes horas (44).

La instantaneidad, la inconsciencia en el acto criminoso, el eretismo, la exagerada sensibilidad de que estas gentes están absolutamente dotadas, como algunos epilépticos, son los anillos que enlazan ambos fenómenos.

Mas para conocer mejor esta analogía, precisa recordemos el hermoso descubrimiento del doctor Ch. Féré.

M. Ch. Féré (45) había demostrado ya que, en los epilépticos, la presión arterial (medida con ayuda del sphygmografo de M. Bloch) aumenta de 200 á 300 gramos. Esta fuerte pulsión se mantiene durante el período convulsivo, después cuando éste ha terminado decrece hasta hacerse inferior á la normal, pudiendo tener durante muchos días 300 ó 400 gramos menos que ésta. Las mismas modificaciones se observan en el simple vértigo epiléptico, si bien menos durables. Siguiendo estas indicaciones, M. Féré ha llegado, con la disminución de la presión sanguínea por una aplicación de la ventosa de Junod ó por los baños revulsivos á suspender los ataques en los epilépticos, en el curso de accesos continuados, deduciendo de los resultados así observados esta conclusión: el aumento de presión parece ser una de las condiciones fisiológicas de la producción de paroxismos epilépticos bajo todas sus manifestaciones.

Luego las relaciones que existen entre los paroxismos epilépticos y el aumento de la presión arterial, explican cómo los esfuerzos violentos y las emociones fuertes pueden desempeñar un importantísimo papel como causa determinante de los accesos. En efecto, hay, en estas condiciones, un aumento de presión bien conocido, cuando se trata del esfuerzo que M. Féré, en sus recientes investigaciones, ha

(45) *Revue scientifique*, 1889.

igualmente demostrado y estudiado en determinadas emociones.

De una parte, en estos movimientos de cólera, tan frecuentes en los epilépticos á cualquiera provocación, este observador ha podido registrar un aumento de presión que puede alcanzar las cifras halladas en los comienzos del acceso propiamente dicho, lo cual justifica la relación, que estableció entre la cólera y los paroxismos psíquicos en los epilépticos; mas ha confesado, por otra parte, que la modificación de la tensión arterial se encuentra en la cólera simple en todos los individuos. Habiendo tenido ocasión, entre otras varias, de examinar á un cochero al término de una disputa, M. Féré observó que este hombre indicaba una presión de 1,100 gramos. Una hora antes marcaba sólo 800.

Estas cifras demuestran que, bajo la influencia de la cólera, la presión arterial puede aumentar en un cuarto. Fácil es comprender, por consiguiente, el oficio de esta y de otras emociones análogas en la ruptura de los vasos y del mismo corazón, cuando hay previamente alteraciones en la estructura de estos órganos.

Estas observaciones, que evidencian la semejanza de los fenómenos fisiológicos, que acompañan á los ataques emocionales y convulsivos, demuestran, con todo rigor, que no puede establecerse una distinción fundamental entre dichas dos maneras de ser. Ventura prueba también esto (46), en sus estudios, sobre lo que denomina temperamento epiléptico, exagerado y excesivo en todo; se ve, por tanto, que á los movimientos poco violentos, al rubor, á las lágrimas, á los juicios de las personas en su estado normal corresponden las convulsiones, alucinaciones, furor, congestión y el deli-

(46) *Archivio di Psichiatria*, 1889.

rio del epiléptico. Es una verdadera cuestión de grados.

Importa no olvidar que existe además una sola forma de epilepsia sin convulsión, consistente en los vértigos. Esta última, la más profundamente perturbadora, según Esquirol, suele acompañarse con mayor frecuencia que la otra, de tendencias deshonestas, homicidas, fraudulentas, incendiarias, en gentes reputadas como honradas, antes de padecer esa enfermedad. Cuantas veces se observa, sobre todo, en los delincuentes jóvenes una cierta periodicidad intermitente de los impulsos pecaminosos, puede suponerse razonadamente su naturaleza epiléptica. Trousseau sostiene que siempre que un individuo comete sin motivo un homicidio, se puede afirmar que ha obrado bajo la influencia de la epilepsia.

IV

Sergi, en una de sus últimas publicaciones: *Les dégénération humaines* (47), coloca á los criminales en el número de los degenerados, llegando hasta decir que ellos son la síntesis de toda degeneración; la manifestación de la criminalidad es multiforme y variada, desde sus expresiones más simples á las más acentuadas, como desde sus caracteres físicos á sus condiciones psíquicas. Realmente, según él, no existe anomalía, enfermedad ú otra cualquiera nota de degeneración física y mental, que no se encuentren en el criminal.

Es necesario no obstante que advirtamos á nuestros lectores que Sergi fundamenta su concepto de la degeneración y de las causas que

(47) *Bibliothèque scientifique intern.*, 1888, Milán.

la producen, sobre el principio darwiniano de la supervivencia, uno de los factores esenciales de la lucha por la existencia.

El ha descubierto esta supervivencia aún entre los débiles que no perecen todos; los débiles supervivientes se contentan, sin embargo, con ocupar una posición inferior, y son, en su consecuencia, seres inferiores relacionados con aquellos que llenan un lugar normal, es decir, los fuertes.

Las condiciones exteriores de la degeneración se encuentran en el medio ambiente, tanto físico como social. Entre las causas internas, precisa mencionar la herencia. No obstante puede observarse que todas las causas exteriores é internas se unen y ejercen, juntas, una acción común, de manera que es poco menos que imposible precisar la actividad de cada una en particular.

La degeneración (al no ser física en el desarrollo general del cuerpo ó de alguna enfermedad heredada ó adquirida) es funcional y se manifiesta por las causas externas, que perturbán el funcionamiento regular de los elementos vitales. Si la degeneración no acusa condiciones externas inmediatas, revela herencia: y si ni la una ni otra de ambas causas se manifiesta de un modo aparente, otras condiciones habrán de encontrarse en el medio social y en el curso de la vida individual, que influyan sobre la decadencia del carácter psicológico, hasta producir una decadencia final en las condiciones somáticas; por lo demás, dice Sergi, no hay en las relaciones sociales una circunstancia por ínfima que sea, que no ejerza una influencia fatal sobre la conducta.

Afirmando que el criminal es un degenerado, prosigue Sergi, no hemos hecho otra cosa, que emplear una expresión esencialmente genérica para la etiología del crimen; sosteniendo que

existen causas exteriores é interiores que ocasionan la degeneración en que cae el delincuente, solamente hemos formulado una noción general que puede aplicarse igualmente á las restantes categorías de degenerados no criminales.

Ahora bien, cuando no se observen desórdenes mentales en el delincuente, el proceso psíquico del crimen deberá siempre ser considerado como morboso. Y faltando otras pruebas, se encontrará una de gran valor en la transformación de los procesos psíquicos morbosos por medio de la herencia en virtud de la cual el crimen, la locura y el suicidio se hallan íntimamente unidos entre ellos. Los criminales y los locos pueden descender de individuos propensos al suicidio; los locos pueden engendrar criminales y suicidas; los criminales, en fin, pueden ser padres de suicidas y de locos; frecuentemente sin tipo específico de enfermedad mental, ni de criminalidad. Todo lo cual vale tanto como afirmar que existe la transformación del carácter morboso, pero no la anulación de la esencia morbosa.

Esta forma cíclica, hereditaria, da cuenta de los hechos y de sus condiciones, acerca de las cuales se discute para la interpretación de la naturaleza de la criminalidad. Es excesivamente raro hallar en la *anamnesis* de un delincuente una herencia morbosa que no sea del crimen, del suicidio, de la locura ó de cualquiera otra afección morbosa afín, por ejemplo, á la epilepsia, al idiotismo ó á sus congéneres.

La degeneración mental escoge por consiguiente en la herencia, formas múltiples y variadas, para transformarlas en sí misma. Es un hecho singular, no obstante, que esta degeneración se asocie á la degeneración física de todos los tipos y en particular á aquella que resume las formas patológicas generales.

Demostrados estos fenómenos, surge un nuevo problema. ¿Este proceso morboso del criminal tiene un carácter específico determinado por la influencia de otras formas morbosas? ¿Es un fenómeno psico-patológico con caracteres propios, fenómeno que se presenta algunas veces aislado sin la consistencia de otras afecciones físicas ó enfermedades congénitas ó adquiridas? O ¿es sencilla y simplemente una consecuencia, un efecto de la influencia patológica general sobre las funciones psico-cerebrales?

He aquí cómo Sergi responde á su propia objeción:

No puede dudarse que todos los alienados no sienten impulsos criminales; al igual que los individuos que se encuentran en condiciones morbosas de una naturaleza diferente, no presentan todos las tendencias al crimen. Sin embargo, existen criminales que, sin ofrecer indicios de enfermedades mentales, tienen no obstante anomalías patológicas, atósicas ó funcionales, que suponen naturalmente la existencia de conformaciones viciosas ocultas. De donde Sergi deduce las siguientes conclusiones: 1.^a En ciertos individuos solamente los procesos morbosos determinan un nuevo proceso patológico, que tiene por efecto directo la criminalidad. 2.^a Lo que puede determinar este proceso especial á la tendencia criminal, deriva directamente de las condiciones cerebrales, como en las enfermedades mentales, é indirectamente de otras condiciones morbosas que influyen sobre las funciones del cerebro. 3.^a En otros individuos este proceso patológico á la tendencia criminal se desenvuelve en concomitancia de las enfermedades mentales propiamente dichas, y de la epilepsia, que turban las funciones normales del cerebro, deformándolas y causando más aberraciones que las otras enfermedades. 4.^a Este proceso patológico del

crimen, como el de las restantes afecciones mentales, imposibilita la formación de un organismo de carácter.

De esta suerte el criminal parecería tener una condición patológica especial, determinada en la mayoría de los casos por otros procesos ó por diversas condiciones especiales. Este concepto estaría íntimamente relacionado con el fenómeno de la transformación en la herencia morbosa, locura, suicidio, epilepsia, criminalidad y restantes diferentes manifestaciones.

V

M. Virgilio, en un estudio realizado recientemente sobre Passanante, el mattoide regicida cuya diagnosis hice hace doce años, establece las siguientes importantísimas conclusiones acerca de la naturaleza de la criminalidad (48):

1.^a Las tendencias criminales se transmiten hereditariamente de los padres á los hijos, y de los supervivientes á las diversas ramas directas y colaterales: no hay, por tanto, dificultad en creer que las referidas tendencias son la revelación de una organización particular.

2.^a Esta organización debe ser considerada como anormal, en cuanto que ella lleva la señal de todas las marcas degenerativas, que demuestran que la embriogenia y el desarrollo ulterior del hombre se alejan extremadamente del individuo fisiológico.

3.^a La criminalidad obrando fuertemente con mucha frecuencia sobre tal terreno hereditario más ó menos afín de la locura, suele, como esta última, pulular y elevarse frecuen-

(48) *Giovanni Passanante e la natura morbosa del delitto*, Roma, Loescher, 1889.

temente desde los más lejanos fundamentos de una raza criminal; forzoso es por consiguiente admitir que el origen de ambos hechos es idéntico y tiene su principio en un carácter psíquico anormal, que se afirma tanto por la una como por la otra de estas manifestaciones.

4.^a La verdad de todo esto se prueba por dos razones: porque la locura surge frecuentemente en medio de una carrera criminal y además por la aparición de tendencias criminales en el curso de diversas enfermedades mentales, que no encierran en sí mismas ninguna razón patológica para manifestarse por actos criminales.

5.^a Siendo la herencia el origen de los dos hechos, su naturaleza intrínseca deberá necesariamente ser idéntica. Luego, siendo la locura una enfermedad, la naturaleza de la criminalidad no puede igualmente ser más que morbosa.

VI

Los recientes estudios de M. Rossi nos enseñan con una precisión matemática (*Arch. de psych.*, VIII), la concordancia exacta de los crímenes de rebelión, homicidio y estupro con el grado de latitud, abstracción hecha, bien entendido, de las grandes ciudades en las que se mezclan tantas influencias para impedir la acción del clima. Esta misma influencia aparece también en los motines, que no son otra cosa que rebeliones en grande escala.

De dos magníficos estudios publicados por Corre, intitulados *Les criminels dans les pays créoles*, 1889 y *Archives d'Anthropologie criminelle*, 1889, se deduce que la criminalidad es, en los países cálidos, dos veces más intensa durante la estación invernal que en el período de los calores.

Débase este exceso, según Corre, á un predominio relativo de los crímenes propiamente dichos, si se tienen en cuenta los numerosísimos incendios; mas si á ejemplo de muchos criminalistas se hace un lugar especial al crimen de incendio, atentado de naturaleza mixta, encaminado más contra la persona que contra la propiedad, es por la notable importancia de la criminalidad personificada que se distingue en el invierno.

La curva de la criminalidad está sobre todo en relación con la mínima térmica; el paralelismo de estas dos curvas puede asimismo referirse á este punto, que se encuentra en la una y la otra; las mismas oscilaciones de marzo á mayo, y de junio á agosto, responden á los períodos de termalidad regular en razón de la variación de las brisas y las lluvias.

Aquí no puede decirse esto delante de las influencias sociológicas derivadas de la acción climatérica, en cierto modo, reguladoras de la criminalidad. En las regiones intertropicales la suma de casos se mantiene igual, es decir, relativamente más atenuada de un período extremo á otro del año.

Bajo la influencia de un medio intertropical con una temperatura elevada y uniforme como la de la Guadalupe, el calor enerva más que estimula, desazona más que excita y entonces es precisamente cuando él se torna, si no más atemperado en su medio, sí menos violentado, pareciendo como que el organismo renace á una vida activa; las energías cerebrales entorpecidas de junio á noviembre, se reaniman de diciembre á mayo; aumentándose con las frescas brisas del primer semestre las impulsividades para el crimen en las naturalezas predisuestas.

M. Corre en otra obra suya, también muy recomendable (*Les Criminels*, 1888), ha descubierto, comparando los tipos de mi Atlas, á

los locos y á los degenerados representados por Morel y Moreau, las numerosas analogías que ambas colecciones presentan. Corre concede en este orden de ideas, una grande importancia á la enorme proporción de asimetrías craneanas y cerebrales que él y todos los observadores han encontrado tanto en los criminales como entre los alienados.

Después hace ascender sus observaciones y las del doctor Rossel, practicadas sobre 200 sujetos, á un 60 por 100 entre los homicidas, un 63 por 100 entre los estafadores y los banqueros declarados en quiebra y un 70 por 100 entre los autores de atentados contra las costumbres.

M. Corre señala igualmente la influencia homicida de los relatos de la prensa sobre los cerebros predispuestos. Para un caso ó esta influencia es innegable y manifiesta como en el *affaire Aubestin*, y como éste se cuentan muchos, ó pasa desapercibida sin ser atendida por nadie. El citado sabio explica además por el impulso de imitación, el aumento de los reincidentes y su cada vez más creciente precocidad. «En aquella edad, dice Corre, en que la experiencia falta todavía ó en que el cerebro toma y conserva mejor las impresiones que recibe, la tendencia á la imitación alcanza su más alto grado, jugando el papel de mayor importancia en el progreso de la criminalidad».

M. Tarde ha estudiado, en sus últimos trabajos criminológicos, con grande precisión, la influencia de la imitación (49).

(49) Véanse *La Criminalité comparée*, 1887.—*Revue philosophique*, 1889.—*Philosophie pénale*, 1850.